Cultura, política y modernidad

Hans Ulrich Gumbrecht
Nelly Richard
Carlos Monsiváis
Margarita Garrido
Ute Seydel
Gabriel Restrepo
Santiago Restrepo
Zandra Pedraza Gómez
Arcadio Díaz Quiñones
Gilberto Loaiza Cano
María Cristina Rojas de Ferro
Myriam Jimeno
Jorge Iván Bonilla
María Eugenia García

Cultura, política y modernidad

*

LUZ GABRIELA ARANGO
GABRIEL RESTREPO
JAIME EDUARDO JARAMILLO
(Editores)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
Facultad de Ciencias Humanas · Centro de Estudios Sociales

PROGRAMA INTERNACIONAL INTERDISCIPLINARIO
DE ESTUDIOS CULTURALES SOBRE AMÉRICA LATINA

*

Este libro se hizo gracias al apoyo de las siguientes instituciones:

Instituto Colombiano de Cultura (hoy Ministerio de Cultura)
Ministerio de Educación
Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello
Alcaldía Mayor de Bogotá
Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Biblioteca Luis Ángel Arango
Universidad Libre de Berlín

© *de los artículos:*
Los respectivos autores

© *de esta edición:*
Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Centro de Estudios Sociales

Primera edición:
septiembre de 1998

ISBN 958-8052-19-x

Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial
por cualquier medio sin permiso del editor.

Diseño de portada:
Hugo Ávila Leal

Edición, diseño y armada electrónica:
De Narváez & Jursich
Impresión y encuadernación:
Panamericana Formas e Impresos S. A.
Impreso y hecho en Colombia

PRESENTACIONES

Memorias de un encuentro

Luz Gabriela Arango

Es muy grato para el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional ofrecer a los lectores, observadores escépticos o encantados de las importantes transformaciones culturales que viven nuestras sociedades, los libros *Cultura, política y modernidad* y *Cultura, medios y sociedad*. Ellos son el resultado del coloquio *Teorías de la cultura y estudios de comunicación en América Latina*, realizado en Santafé de Bogotá en julio de 1997, en el marco del Programa Internacional Interdisciplinario de Estudios Culturales sobre América Latina. Este programa, ideado por el profesor Carlos Rincón, de la Universidad Libre de Berlín, y acogido con entusiasmo por la Universidad Nacional, ha tenido como propósito principal apoyar la difusión en Colombia de las innovaciones teóricas y metodológicas en el campo de los estudios literarios y culturales a nivel internacional. Con ello, se propone incidir en el mejoramiento de la calidad de los docentes colombianos, de su capacidad científica y su inserción dentro de la comunidad académica internacional. Apoyado desde sus inicios por instituciones como Colcultura –hoy Ministerio de Cultura–, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo de la Alcaldía de Bogotá, la Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello y la Biblioteca Luis Ángel Arango, ha contado también con el respaldo del Ministerio de Educación, la Fundación Social y la Consejería Económica de la Presidencia de la República. En 1996, el Programa despegó con el coloquio *La situación de los estudios literarios y cultu-*

rales sobre América Latina, que convocó en la Biblioteca Luis Ángel Arango a especialistas internacionales como Jean Franco, William Rowe, Doris Sommer, Arcadio Díaz Quiñones, Josefina Ludmer, Julio Ramos.

Ante la favorable acogida del evento, para 1997 el programa amplió sus perspectivas. Además de invitar a un grupo muy selecto de especialistas internacionales –entre ellos Beatriz Sarlo, Nelly Richard, Carlos Monsiváis, Arcadio Díaz Quiñones, Óscar Landi, William Rowe, Hans Ulrich Gumbrecht– se amplió la participación de especialistas colombianos y se hizo una convocatoria abierta a los investigadores para que presentaran sus trabajos en el campo de los estudios culturales y de comunicación. El resultado de este segundo coloquio superó nuestras expectativas. Con cuarenta y un ponencias y más de trescientos cincuenta asistentes, provenientes de numerosas universidades del país, la presencia de un público de distintas edades y generaciones, la participación significativa de estudiantes y jóvenes investigadores de muy diferentes regiones del país puso en evidencia el creciente interés por la problemática cultural. La importante asistencia de funcionarios, periodistas y gestores culturales enriqueció el encuentro y permitió romper algunas barreras entre la universidad y otros sectores sociales. Para 1998, el programa busca asegurar su permanencia, liderando una dinámica que le dé continuidad y profundidad a la experiencia adelantada hasta el momento. El Encuentro Internacional de Estudios Culturales en América Latina, centrado en el tema de "Cultura y globalización", convoca este año a diecisiete destacados conferencistas nacionales e internacionales –entre ellos Martin Hopenhayn, George Yúdice, Renato Ortiz, Hugo Achugar, Beatriz González Stephan, Juan Luis Mejía, Armando Silva, Erna von der Walde–. Para el futuro, la consolidación de una red de investigadores culturales en el país,

la ampliación del proyecto editorial, la continuidad de los coloquios internacionales de muy alto nivel, la organización de simposios regionales que nos permitan conocer y estimular los procesos de investigación cultural en las regiones, son algunos de los propósitos del grupo de estudiosos e instituciones que se ha congregado alrededor de este programa, coordinado por el Centro de Estudios Sociales.

Son numerosas las personas que han contribuido a la consolidación de estos esfuerzos. A nombre de la Universidad Nacional, la Facultad de Ciencias Humanas y el CES quiero expresar nuestra gratitud a Carlos Rincón, por haber dado inicio a este programa en asocio con la Universidad Nacional con perspectivas de muy alta calidad investigativa; a Elba Cánfora, por sus decisivas gestiones al inicio del programa; a los rectores Guillermo Páramo y Víctor Manuel Moncayo, así como al entonces decano de Ciencias Humanas y actual vicerrector de sede, Gustavo Montañez, por la importancia acordada a este programa en la Universidad Nacional; a Isadora de Norden, Jorge Orlando Melo, Ramiro Osorio, Paul Bromberg, Norma Constanza Muñoz, Pedro Henríquez y Germán Rey por su generoso apoyo institucional y personal, y a los funcionarios de las instituciones convocantes que, como Hernando Bernal, Fernando Vicario, Carmen Perini, Luz Teresa Gómez, Rosita Jaramillo, Armando Soto, Julián Serna, María Cristina Andrade, Luz Stella Sierra y Eduardo Gutiérrez, brindaron su entusiasmo a este proyecto.

Particulares expresiones de gratitud tengo para el profesor Jesús Martín Barbero, actual director académico del programa, al cual le ha reservado generosamente un lugar especial dentro de sus múltiples actividades; y para el comité académico y editorial, integrado por Fabio López de la Roche, Ivonne Pini, Gabriel Res-

trepo y Jaime Eduardo Jaramillo, cuya labor crítica y comprometida logró darle nuevas dimensiones a este programa y asegurarle raíces en el medio académico colombiano. A los profesores Carlos Patiño y Ángela María Pérez les debemos la excelencia de la coordinación académica y logística del primer coloquio. Nuestros reconocimientos y gratitud a los ponentes nacionales e internacionales que aceptaron nuestra invitación y nos ofrecieron trabajos originales de excelente calidad.

Finalmente, mis afectuosos agradecimientos a Sonia Álvarez, nuestra "coordinadora logística", alma y nervio del segundo y del tercer coloquios, infatigable salvadora de obstáculos, sin cuya dedicación estos eventos no habrían sido posibles, y al equipo del CES que la respaldó con trabajo perseverante y entusiasta: Fernando Visbal, Ángela Díaz, Rosalba Melo, Margarita Villada, Miller Mora.

Luz Gabriela Arango
Directora
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Exordio a modo de planisferio sobre el libro

Gabriel Restrepo y Jaime Eduardo Jaramillo

Aperturas: atlas culturales

Abren este libro sendos y densos ensayos, los cuales ofrecen una especie de mapa sobre el estado de las ciencias de la cultura o ciencias del espíritu, por una parte, y sobre los estudios culturales, por otra. La variante que señala la disyunción es ya sugestiva. Pues la primera pareja señala el lugar desde el cual interpela Hans Gumbrecht; la segunda es la tradición más reciente desde la cual se manifiesta Nelly Richard.

Expliquemos esta variante un poco más en detalle. Hans Gumbrecht escribe desde una tradición alemana ya centenaria y, por tanto clásica, como fue la iniciada en el siglo XIX con las distinciones de Rickert, cultura, y Dilthey, espíritu, una y otra acuñadas como apelaciones excluyentes de una identidad de las ciencias sociales frente a las naturales, entonces orgullosas por los descubrimientos darwinistas, los progresos en la termodinámica y su incidencia en la tecnología.

Hans Gumbrecht, alemán de nacimiento, se formó en el estudio de las lenguas romances. Pese a que su inicial vocación filológica pudiera marcar una orientación por el pasado, incluyendo la hermenéutica y la crítica literaria (ambas tratan sobre textos dados), sus siguientes afinidades intelectuales lo llevaron a la sociología y a la filosofía –entre otras disciplinas–, a tiempo que sus vinculacio-

nes laborales, como también sus afinidades, lo situaron en instituciones universitarias recién abiertas, dedicadas a un presente fundacional abierto hacia el futuro.

Ya en este doble movimiento vital de recapitulación y prospectiva, se muestra un rasgo del estilo de Hans Gumbrecht: una aguda ironía, consonante con su exigencia de forjar un pensamiento contraintuitivo. Co-organizador de cinco conferencias internacionales en Dubrovnik, Yugoslavia, entre 1981 y 1989, escenario privilegiado para el pensamiento transnacional emergente, el postmodernismo (una expresión típicamente eludida por él en su escrito), supera en este lúcido ensayo la ya clásica formulación de Snow (1965) sobre el abismo que, desde la termodinámica y la relatividad, separa a las dos culturas, la científica natural y la propia de las ciencias sociales, las artes y las humanidades. Y la supera porque, más allá de registrar aquí con notable ironía la diferencia de perspectivas, valiéndose de dos anécdotas muy graciosas, propone, al final de un diagnóstico más denso que el de Snow, una madeja de hilos que conducirían a un pensamiento más convergente con las ciencias naturales y a la vez más pertinente para el análisis de la vida contemporánea, cuya producción de sentido se apoya en "materialidades de comunicación" (Gumbrecht y Pfeiffer, 1994).

En efecto, si bien Hans Gumbrecht parte de la tradicional distinción entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, lo hace para subvertir dicha distinción, en particular en todo aquello que significa un sobredimensionamiento de la hermenéutica o del construccionismo, posiciones éstas que exageradas cavarían un abismo tan infranqueable ante las ciencias naturales que impediría una emulación y un diálogo creativos.

Por ello, aunque el deseo de ontología sea un ideal inalcanzable –como lo señala a propósito de un comentario magistral sobre

la significación de Heidegger–, Hans Gumbrecht parece abogar en favor de una teoría más guiada por tal perspectiva y, en consecuencia, de tender puentes entre ambas tradiciones, la que ausculta la naturaleza y la que reduce los hechos sociales a sentido e interpretación. El concepto de "emergencia", relacionado con la noción de presencia efímera, liminar, fractal, constituye en ese contexto un experimento crucial para señalar afinidades posibles. Y, como se sugerirá adelante, tales conceptos serán muy relevantes en América Latina y el Caribe, región en la cual el génesis no se repite dos veces, como en la *Biblia*, sino a cada momento, lo mismo que, por desgracia, los apocalipsis. Por lo cual se diría que la región vive en un estado de permanente emergencia. Del mismo modo, el concepto de presencia es fundamental para una región que todavía no ha sido calada por la era de Gutenberg y que, por ende, oscila entre la oralidad y la visualidad primarias, propias de comunidades indígenas o campesinas, o la oralidad y la visualidad telemáticas, auténticos hechizos.

Periplo vital y pensamiento nómades, Hans Gumbrecht es desde el inicio de esta década profesor en la Universidad de Stanford, en cuyo departamento de francés e italiano comparte actividades con René Girard y Michel Serres, entre otros. Al cabo de su reciente visita a Santafé de Bogotá (abril de 1988) habrá adoptado la nacionalidad estadounidense, preparándose para el gran ciclo de conferencias que anuncia la Universidad de Stanford, bajo su iniciativa, para redefinir el estatuto académico de las ciencias sociales, las artes y las humanidades, cuya raíz decimonónica, a su entender, ya es anacrónica al cabo del milenio.

Por su parte, Nelly Richard, chilena, dirige la *Revista de Crítica Cultural,* en cuyos quince números (hasta noviembre de 1997) se ha manifestado lo mejor del pensamiento de América Latina y del

Caribe, al tiempo que se brinda allí acogida a autores contemporáneos de frontera. Ensayista y crítica, ha publicado libros sobre género, democracia y transformaciones culturales. Bajo la dirección de Richard, la revista ha optado por la relativamente reciente tradición de los estudios culturales, a cuyas génesis y evolución ha dedicado no pocos excelentes ensayos.

En uno de ellos, John Beverly, uno de los patriarcas del movimiento, apunta lo siguiente:

> Lo paradójico de la historia temprana de los estudios culturales en el mundo anglosajón es cómo pudo llegar a un nivel casi hegemónico dentro de la academia un programa vinculado más o menos directamente con la militancia política de los sesenta –la Nueva Izquierda, el marxismo althusseriano o neogramsciano, la teoría feminista y el movimiento de mujeres, el movimiento de derechos civiles, la resistencia contra las guerras coloniales o imperialistas, la deconstrucción– en medio de una época políticamente muy reaccionaria, como fue la de Reagan y Teatcher (1997: 47).

A renglón seguido, el autor observa la asimetría entre el dominio político y económico del neoliberalismo y la persistencia de los estudios culturales como paradigma casi dominante en las ciencias sociales, las artes y las humanidades. El pensamiento conservador no ha podido, empero –añade–, restaurar el orden del discurso y de las disciplinas tradicionales, pese a varios intentos, porque los fundamentos decimonónicos finiseculares de las ciencias sociales, las artes y las humanidades se han erosionado frente a fenómenos como la globalización, la comunicación y el multiculturalismo, los cuales demandan una aproximación multidisciplinaria, interdisci-

plinaria o transdisciplinaria, justamente la que ha surgido con la nueva perspectiva de los estudios culturales. Ello explica la paradoja propuesta por Beverly, a saber, por qué los estudios culturales han convenido más al neoliberalismo, en su dimensión de cambio efectivo en el orden tecnoeconómico, que a un pensamiento neoconservador en el orden académico o político.

Como muchos otros intelectuales de América Latina y el Caribe, Nelly Richard se reclama heredera de la tradición que iniciaron en los cincuenta, con centro en la Escuela de Birmingham, los pioneros Raymond Williams, E. P. Thompson y otros, los cuales, en ese peculiar *oximoron* de materialismo cultural (Beverly: 46), fueron más sensibles a la moderna cultura de masas que la escuela de Frankfurt, con la cual, empero, coincidían en el intento de ir más allá de las relaciones mecánicas entre infraestructura y supraestructura, lo mismo que Gramsci, y, más aún, de Benjamin, en una apropiación creativa del marxismo. Pero no es una heredera a secas, pues disputa, como se colige de su ensayo, algunos de los cánones de los estudios culturales.

Digamos que la polifacética y no unánime tradición de los estudios culturales ha mostrado ser fecunda, en la medida en que ha permanecido abierta a corrientes nuevas y heterogéneas (estructuralismo y postestructuralismo, deconstrucción, postmodernismo), recreándose en América Latina y el Caribe con aportaciones nuevas y originales, como las de José Joaquín Brunner, Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Beatriz Sarlo, la propia Nelly Richard y otros.

Siguiendo la tradición de los estudios culturales (su vocación por los márgenes, su raigambre en los grupos subordinados, su afinidad con los movimientos sociales, su crítica a las disciplinas establecidas, su simpatía por la cultura de masas), pero al mismo tiempo

recelando de su conversión en otro "establecimiento"[1] o de su legitimación y su reducción por parte del neoliberalismo, el citado John Beverly vuelve, si se quiere, a la energía originaria de los estudios culturales con una invocación ontológica hacia lo que lisa y llanamente se puede denominar "pueblo" (en sus términos, "culturas subordinadas"), como la materia prima de la cual se ha de extraer un proyecto de democracia, dado que el supuesto del cual parte la necesaria crítica o distanciamiento del intelectual en América Latina y el Caribe frente al poder o a los poderes es la imperfección del proyecto o ideario emancipador al trasluz de casi dos centurias de su enunciado.

Por supuesto, dicha aspiración ontológica está matizada con todos los cuidados posibles para no pecar de ingenua. Al fin y al cabo, así lo señala Beverly en el ensayo ya citado, casos críticos como la derrota del sandinismo señalan inequívocamente la insuficiencia de un saber que no ha sabido proyectarse como poder. Pero, para admitir de una vez por todas la diversidad de enfoques de los estudios culturales, Nelly Richard subraya sus propias salvedades, al tiempo que admite algunos fundamentos: los estudios culturales deben resistir tanto la tendencia a la clasificación (ésta es siempre la señal de un orden), como a su establecimiento como poder dominante (si quiere seguir siendo una opción de lo reprimido, de lo no expresado aún o de lo subalterno o subyugado). Entre las salvedades, por ejemplo, una crítica a la indiferencia de las diferencias a

---

[1] El análisis de las comunicaciones y de la globalización dentro de los estudios culturales, que ha significado su aceptación por parte del poder neoliberal –dado su pragmatismo–, "corre el peligro de constituirse en una especie de *costumbrismo postmodernista*, mientras se había propugnado en primera instancia a la cultura popular como –en potencia al menos– un espacio contra-hegemónico" (Beverly: 50). El subrayado es nuestro.

que ha llevado la reducción de todo discurso (tácito o explícito) a texto equivalente como portador de saber, la cual ha devaluado la representación literaria, según fue pensada por Ángel Rama en *La ciudad letrada*. No es que se menosprecie el significado de tal devaluación como subversión del poder del gramático (según se podría decir desde Colombia), sino que, acaso, un espíritu de fineza se requeriría para entrever, en la trama de los discursos, el potencial de cambio efectivo y, en la diversidad de texturas, aquellos textos cuya fuerza propositiva o representativa sea particularmente sugestiva porque contenga una palabra nueva o un sentido no enunciado.

Otra salvedad consiste en afirmar la función creadora de la crítica cultural, la cual, a diferencia de la crítica académica (siempre, no obstante, comprometida frente a sus formas de clasificación), puede ser más hábil y, por ende, más perspicaz, incluso en su "libertad" (empero, adviértase, se trata de una "libertad" *obligada* por la aún escasa división del trabajo intelectual que fuerza a la combinación de papeles sociales); tal ubicuidad podría llevar a una crítica de la crítica cultural, es decir, a una metacrítica. Ninguna defensa podría superar a ésta en la fundamentación del papel de ciertos órganos o ciertas revistas de cultura, las cuales, bien pensadas, como la *Revista de Crítica Cultural*, pueden ejercer un impacto subcontinental.

¿Qué convergencias podrían extraerse de los dos autores (tres, si se incluye al tácito John Beverly, quienes desde antípodas culturales nos sirven como exordio no sólo para pensar, sino además para organizar los nuevos estudios culturales en Colombia o en América Latina?

Convergencias: su certeza sobre la necesidad de refundar las disciplinas, tarea en verdad urgente en Colombia, aletargada no sólo por la condición semimediterránea (por el peso claustral de su capital), sino por el propio enquistamiento un tanto endogámico de sus

disciplinas sociales. Una segunda, la necesidad transdisciplinaria. Una tercera, la necesidad de forjar un pensamiento contraintuitivo y contraclasificatorio. Una cuarta, el imperativo de superar la autoreproducción estéril de un discurso o una jerga, y ello mediante vocaciones ontológicas, sea por la naturaleza, de modo que permita un diálogo (más, una sana confrontación) con las ciencias naturales; sea por el pueblo, lo cual exige repensar las formas y materialidades de los discursos; sea, en fin, con los intelectuales, como conciencia de la tan mentada, pero aún fantasmal, sociedad civil.

A ese respecto, inspirados en estos textos, quizá podríamos reclamar como oriente de los estudios culturales un pensamiento eco / tecno / demo / multicultural. Lo ecológico, para inscribir el pensamiento cultural en un fundamento común (la naturaleza) y a la vez diverso (los ecosistemas tan variados de América Latina), al igual que para tender un puente de diálogo con los científicos naturales e incluso, si se quiere, con el saber popular referido a la naturaleza (en particular el indígena). Lo tecnológico se refiere aquí a una estimación no regresiva del saber hacer en todas sus formas (académicas, por ejemplo, encarnadas en ingenieros, médicos o artistas, pero también populares). La siguiente expresión, lo "demo", sería una síntesis de lo demosófico (amor al pueblo) y lo demológico (ciencia del pueblo, algo que está más allá del folklore, pero lo contiene), ambos como soporte de un proyecto democrático en verdad muy simple, que no es otro que realizar la predestinación enunciada en el discurso de la emancipación: fundar la soberanía política en la educación y el saber. Lo multicultural expresaría, en tal fórmula, tanto la apertura transdisciplinaria como una escucha estereofónica y una visión estereoscópica a todo lo que significa el proyecto de América Latina y del Caribe como un conjunto de valor ecuménico en una sociedad globalizada.

Historia cultural y modernidad

Quizás nos hayamos apresurado a extraer una conclusión que aún aguarda, por parte del lector, la atención sostenida a los ensayos que siguen, tanto los contenidos en la tercera parte como los que integran la cuarta. Bajo la denominación común de "Historia cultural y modernidad" se inscriben siete textos. Los dos primeros presentan un fresco y una mirada veloz y perspicaz sobre dos naciones de América Latina, México y Colombia, a partir de ciertos conceptos claves y comunes, pese a las diferencias, como los de la fragilidad de todo orden (los fundados en el honor, incluso) y la producción continua de un permanente "caos" o, mejor, de un "relajo" que designa la precariedad de aquél.

Desde la curiosa "emergencia" (para emplear el fecundo concepto de Hans Ulrich Gumbrecht) de la Virgen de Guadalupe hasta el "diseño por computadora del inconsciente colectivo", el afilado escritor Carlos Monsiváis nos revela y desvela en cuanto tenemos de grandioso y de minucia en América Latina y el Caribe. Y lo hace con un albur y un humor inigualables, recordándonos que no hay mejor deconstrucción que aquella que se produce con la sencilla herramienta de la risa.

Con una visión no menos panorámica (y debería abonársele la virtud de las grandes síntesis), Margarita Garrido examina el concepto de honor como significante por excelencia en la jerarquía del siglo XVIII, cuando ya la relación de castas empezaba a desmoronarse con esa figura "*emergente*" de "los libres de todos los colores" (semejante a esa otra categoría mexicana del "no te conozco", la cual denunciaba ya la fragilidad de la anterior clasificación colonial). El desmoronamiento constituiría en los vecindarios barriales la noción de pueblo revestida con el carisma de un orgullo propio, luego su-

blimada por las adherencias propias de las milicias, en una identidad menos local, la de patria. Y quedaría, según su perspicaz relato, un sustrato imaginario del honor que aún se halla presente en muchas manifestaciones de la vida colombiana, como en el caso del narcotráfico.

Por su parte, el ojo subliminal de Ute Seydel enfoca enseguida el momento auroral de la constitución equívoca de una patria emancipada –México– como imperio, conforme a la visión recreada por la literatura (y en ello radica la pertinencia de la distinción de Nelly Richard) y, para el caso, por una mujer, la novelista Rosa Beltrán, quien, con esa magia propia del travestimiento literario, nos muestra en la figura de una costurera el descosido de semejante engendro imperio-tropical.

No por azar, los tres ensayos anteriores concuerdan con ironías sobre los sistemas de clasificación y encuentran en el baile, o en los ritos amatorios, una subversión o relajo de todos los órdenes, una risa entronizada sobre el pretextos de lo sublime. Es éste el punto de partida del ensayo, más bien proyecto, de Santiago Restrepo y Gabriel Restrepo, centrado en la deconstrucción de las urbanidades y, en particular, en esa máquina de *habitus* que ha sido en América Latina y el Caribe el *Manual de urbanidad y buenas maneras* del venezolano Manuel Antonio Carreño.

Prosigue una de las más originales muestras de investigación cultural en Colombia, la sintetizada en el ensayo de Zandra Pedraza sobre cuerpo y modernidad. Su mirada revela no sólo una seriedad teórica ejemplar (la noción de cuerpo ha irrumpido con mucha fuerza, desde Foucault, en las dos últimas décadas), sino además una, digamos, *fruición* o *gozo* en la consulta detallada de fuentes empíricas: urbanidades, revistas de variedades, discursos, iconografías, propagandas.

El siguiente texto, de Arcadio Díaz (puertorriqueño, profesor de la Universidad de Princeton) nos introduce en la dimensión del pensamiento caribeño del primer tercio de este siglo, cifrado en las (en apariencia) sorprendentes equivalencias de antropología y esoterismo en la obra del célebre cubano Fernando Ortiz. Ya con el mismo título, que aúna transmigración (Alan Kardek) y transculturación (el grandioso aporte del cubano a la antropología mundial), nos revela la singularidad de lo que para algunos constituiría un *oximoron*, si no fuera por el hecho de que las claves religiosas son (y cuánto se olvida) parte esencial del ser latinoamericano y caribeño.

Cierra esta parte un lúcido ensayo de Gilberto Loaiza sobre el papel público de los prohombres en el segundo tercio del siglo pasado. "Seres tentaculares", conforme a la calificación del autor, esos demiurgos, mediadores sociales, tejedores de "alta cultura", tuvieron a su cargo la delicada función de reelaborar el proyecto democrático justificando las diferencias sociales (al contrario de Carreño, elaboradas filosóficamente). El caso se ilustra muy bien con la figura proteica y cinestésica de Manuel Ancízar. El caso elegido no podía ser mejor, pues Ancízar fue hombre de dimensión continental, comoquiera que reunió en su periplo a Cuba, Venezuela y Colombia, países cosidos entre sí en la obra de creación cultural por un espíritu masónico ya distante de las aspiraciones libertarias de la logia Lautaro.

Poder, representación y violencia

Valdría la pena formular una pregunta ahora que, con estas publicaciones, nos encontramos en los comienzos de los llamados "estudios culturales" en estas coordenadas: ¿de dónde proceden ellos en esta mediterraneidad que ha sido hasta ahora Colombia, pese al

mote con inflación de "Atenas Sudamericana"? La respuesta es no poco elocuente y, a la vez, irónica. Todo apunta a cifrar en el ejemplar historiador Jaime Jaramillo Uribe la matriz de los estudios sobre cultura, a secas. Lo singular del caso es que, formado en Francia en la incipiente escuela de las mentalidades, se había propuesto rastrear en el siglo XIX los cauces del (precario) orden que se consagró con la Constitución de 1886.

Con todo, el agotamiento de esa centenaria arquitectura constitucional, evidente en toda la entropía (o relajo, diría Monsiváis) manifiesta en los años setenta y, con más veras, en los ochenta, en particular por esa muestra de ausencia de Estado moderno significada en las muertes violentas, condujo a los periodistas (no ilustrados, diría Nelly Richard, por una metacrítica) a acuñar, de manera peregrina, conceptos como los de cultura de la violencia o de la muerte. Contra esa simplificación reaccionaron intelectuales de distintas vertientes, las cuales conforman el *locus* desde el cual se ha erigido el embrión de los estudios culturales:

1) quienes desde 1987 se reunieran bajo la orientación de Orlando Fals Borda en el cauce de la investigación-acción participativa, como Alfredo Molano y otros;

2) quienes por entonces creaban nuevas áreas disciplinarias de comunicación y semiología, como Jesús Martín Barbero, Armando Silva o Germán Muñoz (por ejemplo, en la maestría de la Universidad Javeriana o en la línea de investigación de la Universidad Central);

3) quienes desde una matriz amplia de la sociología o la antropología de la cultura (incluyendo allí la historia de la ciencia, como parte de la cultura) indagaban por el significado de las mentalidades en la etiología de la fatalidad colombiana, entre ellos Jaime Arocha, Carlos Pinzón, Gabriel Restrepo y muchos otros;

4) quienes desde las disciplinas sociales y, en especial, desde la politología y su hija predilecta, la llamada "violentología", advertían sobre la complejidad de las violencias, como todos los integrantes de la Comisión para la Superación de la Violencia (1987);

5) quienes con una perspectiva de género y desde disciplinas como el "relegado" trabajo social insistían en la correlación entre violencias macrosociales y microsociales.

Será tarea de los historiadores de los estudios culturales desmenuzar con más detalle esta provisional genealogía. Con todo, en esta parte se revelan tres ensayos que, con diversas perspectivas, discriminan formas de violencia, entretejidos de paz, semillas de lo que sería el anverso muy complementario de la "violentología".

María Cristina Rojas de Ferro aborda la causación de las violencias contemporáneas según los modos de enunciación y clasificación del siglo pasado. No le falta razón. Y en su texto muestra una continuidad textual (e intertextual, aunque no deliberada) con los ensayos agrupados en la primera parte, los cuales en su entramado se esclarecen para ofrecer un atisbo de lucidez tanto sobre la fatalidad como sobre la esperanza colombianas, si caben esos términos. En cuanto a la esperanza, porque la mera comprensión debería llevar, siempre, a la enmienda o, por lo menos, a hacer más pasable la obra de la crítica.

La antropóloga Myriam Jimeno ofrece un ensayo que, como el libro en el cual se inspira, ya pasará a ser clásico de los estudios sociales en Colombia. Frente a la reducción de las violencias a lo que desde 1962, cuando el término se acuñó en un estudio clásico, se ha denominado con mayúsculas "La Violencia", halla, con fundamento en sólida evidencia empírica, lo que podría llamarse la labilidad de distintas formas de violencia, familiares, vecinales y ciudadanas. Pero más allá de esta constatación –ya iluminante de suyo, dada la

tendencia reductora a pensar una sola violencia, la organizada, ella indaga en los imaginarios populares sobre la causalidad e, incluso, sobre la causalidad de distintas formas de violencia. Sorprendente, pero no sorpresivo: las violencias de abajo, ancilares, raizales, propias y ajenas, se conciben como cierta forma de "corrección", lo cual remite, una vez más, a los imaginarios tradicionales de las urbanidades y de las escuelas.

Jorge Iván Bonilla y María Eugenia García, comunicadores sociales y periodistas egresados de la maestría en investigación de la Universidad Javeriana y profesores de la misma, cierran el libro con un ensayo enfocado en el análisis crítico de las representaciones editoriales de *El Tiempo* sobre los paros cívicos en un período relativamente reciente. Si de tal examen pudiera derivarse una conclusión, sería la de que pese a la Constitución de 1991 y a sus enunciados progresistas, la mentalidad filtrada por la "gran prensa", como se decía, sigue aún anclada en imaginarios del pasado. Lo cual, una vez más, ratifica la necesidad de una crítica cultural o de unos estudios culturales serios o de unas ciencias sociales con mayor sensibilidad para la crítica democrática.

A modo de sumario: de dónde, para dónde

La prehistoria de los estudios culturales, si así puede denominarse lo que ha sucedido de dos décadas a esta parte, no es monumental, por cierto, pero tampoco desdeñable. Gracias al empuje de los pioneros se han producido modificaciones institucionales. Cabe recordar un hecho que podría pasar en el olvido: cuando Colcultura, bajo la dirección de Liliana Bonilla, se decidió por fin a atreverse a un *aggiornamiento* en la concepción de la política cultural, dos asesores extranjeros tuvieron la bondad de servir de criba para lo que fue el

primer documento oficial en recoger un concepto moderno de cultura. En 1987, al acto colectivo de revisión del documento, que como suele suceder en Colombia halló por escenario nada menos que la Academia de la Lengua (símbolo de la tradición), asistieron Néstor García Canclini y Juan José Brunner. Evento liminar, también fue por ello fundacional. Luego, la Constitución de 1991 retomaría aquella senda trazada por los intelectuales de la cultura.

A ello siguió un interés cada vez más creciente por los estudios culturales, si bien sólo hasta el momento presente ellos se debaten con la suficiente referencia internacional. La Universidad Nacional abrió una maestría en sociología de la cultura hacia 1989. Investigadores de diversas disciplinas crearon simultáneamente un grupo informal de discusión, lamentablemente sin continuidad orgánica, aunque con notable éxito como investigadores individuales. La Universidad del Rosario inició hacia 1992 unas especializaciones en gestión cultural, que hoy se han replicado en varias universidades, incluida la de Los Andes.

Pero el interés no se ha limitado a la capital del país, que además, bajo la administración de Antanas Mockus, fue escenario de una preocupación específica por la transformación de la cultura ciudadana. Distintos profesionales de la Universidad Nacional en Manizales han formulado un proyecto de pregrado en comunicación y gestión cultural. La Universidad del Atlántico anunció la creación de un Instituto de Estudios Culturales. La convocatoria de 1997 por parte de Colcultura a becas de investigación en estudios culturales fue respondida por sesenta y nueve proyectos, de muy distintas regiones del país, cuatro de ellos excelentes, diez muy buenos y otros diez pasables. El interés por los estudios culturales no se deduce tan sólo de la elevación del Instituto Colombiano de Cultura a la categoría de ministerio.

En cualquier caso, habría que señalar la trascendencia de los dos eventos internacionales que ha liderado la Universidad Nacional, con el Centro de Estudios Sociales a la cabeza y con el apoyo de Carlos Rincón y no pocos amigos internacionales. Ellos sirvieron como catalizadores de los embriones de redes nacionales existentes y como medios para salir de la clausura nacional. El tercer evento, previsto para septiembre, tejerá sin duda una red nacional con mayor proyección internacional.

En vista de todo ello, ¿no sería ya hora de pensar, con una escala mayor, en el inicio de un doctorado en estudios culturales, que sirviera para coordinar y consolidar lo hecho y pasar así de la prehistoria a la historia?

Como siempre, será necesario salir de la inmediatez y tocar polo a tierra con horizontes abiertos; propondríamos, a tono con lo expuesto, que de antemano se mire la efemérides del bicentenario de la declaración de independencia como una perspectiva no sólo inevitable, sino incitante. Y ello menos por el prurito, ya inveterado en las manías patrióticas, de las fiestas de reminiscencia, sino por hacer un corte de cuentas y un balance sobre hasta dónde se ha cumplido la promesa libertaria. Pues ella signa el derrotero del cuño propio de la cultura en América Latina y el Caribe, su enigma, la enseña que podría transformar un destino latente y laberíntico en un destino sereno y cierto.

Bibliografía

Beverly, John. "Estudios culturales". En: *Revista de Crítica Cultural*, N° 12 (Santiago de Chile: s. d., julio de 1996), pp. 46-53.

Gumbrecht, Hans Ulrich, y Pfeiffer, Ludwig (editores). *Materialities of communications* (Stanford: Stanford University Press, 1994).

Snow, C. P. *The Two Cultures: and a Second Look. An Expanded Version of the Two Cultures and the Scientific Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 1965).

PRIMERA PARTE

Atlas culturales